

ción de los jueces» en los tribunales de toda clase (1).

Pero el que más llamó la atención sobre ello fué Colbert, pues casi no hubo abuso que él no mostrara y cuyos perniciosos efectos no pusiera de manifiesto. Y aún consiguió del rey que públicamente confesara los grandes errores cometidos por sus antecesores. En una carta dirigida á las ciudades, Luis XIV deplora la multiplicidad de los empleos que invita á los súbditos á «una vida ociosa y rastrera,» y difunde por todas partes «una peligrosa gente de curia que infesta y arruina las provincias.» En una ordenanza sobre la administración de los arriendos, se lamenta de la confusión de los edictos, decretos y reglamentos sobre el establecimiento y la percepción de los derechos de los arriendos y de la multiplicidad de estos derechos, y reconoce que los pueblos no entienden una palabra «de la diversidad de todos estos nombres diferentes ni del efecto que han de producir,» viéndose por ello obligados á fiarse de la discreción de los comisionados y de los empleados. La incertidumbre de la jurisprudencia, dice, «les causa en toda ocasión gastos inmensos y les deja siempre en la duda ó de poder obtener ó de haber obtenido la justicia que nosotros queremos que se le haga.» En la cábecera del edicto que suprime los derechos percibidos en el interior de los territorios de «la Extensión,» confiesa su asombro ante el número de derechos «establecidos bajo diferentes nombres;» no menos nos sorprende, añade, «la necesidad que había exigido de nuestros predecesores y de nos mismo el establecimiento de tantos tributos é impuestos capaces de hacer que á nuestros súbditos se les quitasen las ganas de continuar su comercio.» Luis XIV en estos documentos reprueba abusos que reprobarán los cuadernos de 1789 y casi se sirve de las mismas expresiones que se emplearán en éstos, lo cual es muy digno de notarse.

Colbert explicó también los perjuicios de las barreras interiores, de la diversidad de derechos consuetudinarios, de pesas y de medidas, y de las corveas; pero sobre todo hizo ver al rey la gran injusticia que eximía de las cargas públicas á tantos privilegiados y agobiaba con ellas á los miserables, y le suplicó que á todos hiciese «justicia igual en la justa y verdadera proporción de sus bienes.» Predicó, además, la economía, poniéndole una y otra vez sus cuentas delante de los ojos, y le censuró duramente por no consultar jamás su hacienda para «resolver sus gastos,» «cosa tan extraordinaria que seguramente no hay de ello otro ejemplo,» y por «preferir sus diversiones á todo lo demás.

En fin, exponía ante su vista la miseria de los pueblos: «Lo más importante y que á más reflexiones se presta es la grandísima miseria de los pueblos; todas las cartas que vienen de provincias hablan de ella; los intendentes visitan las generalidades y dan de ella cuenta en todas sus cartas que están llenas de la miseria de los pueblos.» El año de su muerte ofrece al rey darle á conocer las reducciones que deberían realizarse «si Su Majestad se resolviese á disminuir sus gastos y preguntase en qué podría conceder alivio á sus pueblos.» Un día Colbert dijo á Luis XIV que su hacienda se hallaba en «un estado violento que no podía durar (2).»

(1) Véase págs. 84, 87, 89, 127, 131 y 132 del tomo anterior.
(2) Véase págs. 85, 86, 148, 341 y 343 del tomo anterior.

Otros avisos diéronse á Luis XIV desde el púlpito y en forma cuya osadía sorprende. Es verdad que los predicadores hablaban en términos generales y que el rey tomaba la parte que le convenía tomar; pero un día Bossuet escribió á Luis XIV una carta íntima en la que le decía terribles verdades. Fué en julio de 1675; el rey había roto, hacía poco, por primera vez con la señora de Montespán, y el obispo aprovechó el momento en que aquél había resuelto «modificar en su vida lo que disgustaba á Dios,» para recordarle sus «otros deberes.» «Los pueblos — le dijo — están persuadidos de que S. M., al entregarse á Dios, atenderá más que nunca á la obligación estrechísima de velar por su miseria, y de esto esperan el alivio de que sienten extremada necesidad...» Definió la «obligación precisa é indispensable» del rey: V. M. «debe ante todo dedicarse á conocer á fondo las miserias de las provincias y sobre todo lo que éstas han de sufrir, sin que de ello se aproveche V. M., tanto á causa de las gentes de guerra como por los gastos que se efectúan para recaudar el pecho y que llegan á excesos increíbles. Indudablemente los remedios á estos males no pueden encontrarse «sino á fuerza de mucho cuidado y paciencia, porque es difícil imaginar expedientes practicables.» Y, dice el obispo, «no es á mí á quien toca discurrir sobre estas cosas;» pero añade, pesando sus palabras, que hay que pesar también al leerlas:

«Mas lo que sé muy ciertamente es que si V. M. demuestra *perseverantemente* que lo quiere; si, á pesar de las dificultades que se encontrarán en el detalle, persiste *invenciblemente* en querer que se busque; si, en fin, da á entender, como sabe hacerlo muy bien, que no quiere que sobre este asunto se le engañe, y que no se satisfará más que con cosas *sólidas y efectivas*, aquellos á quienes confie la ejecución se someterán á sus voluntades y pondrán todo su empeño en satisfacerle en la más justa inclinación que puede jamás tener.»

Antes se había atrevido á decir que la paciencia de los pueblos se explica por una ilusión:

«Aunque V. M. sepa indudablemente cuantas injusticias y pillerías se cometen en todo esto, lo que sostiene á vuestros pueblos es, Señor, que no pueden persuadirse de que V. M. lo sepa todo y esperan que la aplicación que ha manifestado por las cosas de su salvación le hará profundizar una materia tan necesaria.»

Y finalmente esta frase gravísima:

«Es imposible que tan grandes males capaces de hundir al Estado no tengan remedio; de lo contrario todo estaría irremisiblemente perdido.»

Era ciertamente «difícil encontrar» todos los «expedientes practicables.» Necesitábase recuperar el reino substrayéndolo á aquellas administraciones de funcionarios y de arrendatarios que lo explotaban indignamente; destruir lo que quedaba de las vejaciones feudales; adaptar al nuevo orden de cosas los restos del pasado, es decir, todos aquellos territorios desunidos y aquellos derechos consuetudinarios contradictorios; repartir equitativamente las cargas, y hacer reinar «la misericordia y la justicia.»

El poder del rey era tal que para él no había obra imposible; tenía delante de él el tiempo, casi la eternidad, si hubiese querido. Imagínese el rey soñado por Colbert, un rey perpetuamente activo, en continuo mo-

vimiento, que va por las provincias, ve las cosas y las gentes, habla y le hablan; preside una sesión del Parlamento ó concede audiencias; preside como á ello tiene derecho por ser rey de Navarra, duque de Bretaña, duque de Borgoña, conde de Tolosa, conde de Provenza, etc., una sesión de los Estados provinciales; llama ante su presencia á jueces señoriales; se detiene junto á una oficina de aduana; hace comparecer á sus funcionarios de hacienda y á los empleados de las gabelas y de los arbitrios, é interroga á campesinos. Haciéndolo así, conoce «á fondo» todas las imperfecciones, «los excesos increíbles,» «la miseria,» «las miserias» y la necesidad del «alivio» de que tienen sus pueblos «precisión extremada;» y consulta con sus consejeros acerca de los «expedientes practicables,» aunque demostrándoles «perseverantemente» que «quiere que se adopten.» Y poco á poco, al cabo de cincuenta ó de cien años, la imperfección disminuye, desaparecen los «excesos más increíbles» y con éstos las vejaciones y los apuros. Así las cosas, ¿quién habría ido á buscar modelos de gobierno en Inglaterra ó en América? Voltaire sólo quería reformas modestas y fáciles y esperaba que la razón se difundiría cada vez más y que «ministros atrevidos y sabios» destruirían al fin «unos usos tan ridículos como odiosos;» como tantos otros, pedía «un déspota ilustrado.» Y es indudable que si Luis XIV, Luis XV y Luis XVI hubiesen seguido consejos como los de Colbert y Bossuet, todavía habría un rey de Francia.

Pero el rey, apenas se hubo asegurado la universal obediencia, no hizo otra cosa que disfrutar de su cuantiosa fortuna en la casa que se había hecho construir en Versalles una vez aquella fortuna realizada.

Fué una desgracia para él haberse marchado de París, en donde vivía en medio de realidades. Cuando salía del Louvre, veía á poca distancia, á derecha é izquierda de las torres de Nuestra Señora, las altas techumbres de la Casa Consistorial y del Palacio de Justicia; era vecino de los señores de la Ciudad y de los señores del Parlamento, recibía sus visitas y les visitaba. Las vías que conducían á la Casa Consistorial y al Palacio de Justicia eran estrechas y estaban llenas de estorbos, y en el muelle, las arenqueras de un mercado interpelaron varias veces bruscamente á la reina Ana de Austria. Después que Enrique IV hubo mandado construir el Puente Nuevo, á ambos lados de éste levantáronse puestos y tiendas y la muchedumbre lo invadió. En el Sena pululaban los bateleros. El populacho no siempre era respetuoso; fácilmente se excitaba, y prontamente acudía á las barricadas, en las que tenía gran práctica, como se había visto en los tiempos de la Liga y de la Fronda. Atravesar por entre una multitud parisiense para ir á hacer registrar algún edicto fiscal en el Parlamento reunido en sesión solemne, bajo la presidencia del rey, ó llamar éste á los magistrados al Louvre para notificarles sus voluntades, podía ser peligroso. El rey, en París, no habría sido un monarca tranquilamente absoluto.

El Louvre y las Tullerías, aun agrandados, no habrían podido alojar á millares de personas; la galería de Apolo era pequeña en comparación de la galería de los Espejos, como lo era el jardín de las Tullerías, com-

parado con los jardines y el parque de Versalles. Allí no había sitio para inmensas perrerías, ni para caballerizas babilónicas; allí no era posible hacer la gran vida de lujo y de ostentación perpetua.

En Versalles, todo es creación del rey: el palacio, el parque, el agua, los árboles, las flores, las perspectivas, la ciudad; el rey es allí una especie de demiurgo, principio y fin de las cosas; nada puede contradecir su voluntad; no ve allí ningún semblante avinagrado; todo es saludo profundo ó profunda reverencia. Las personas han perdido su personalidad; y él mismo, el rey, se ha convertido en un ser artificioso. Si tiene en corruptor cautiverio á toda aquella nobleza de Francia, también él es prisionero y también él está pervertido. Ha reunido á millares de invitados y no puede dejar de hacerles compañía; debe su tiempo á sus relaciones, al levantarse, al acostarse, en las comidas, en el juego, en el paseo, en la caza. Bien es verdad que no todo es diversión en aquella soberbia existencia; el mismo Luis XIV ha sentido en medio de ella el cansancio y el hastío, y, por ansias de «cosas pequeñas y de soledad,» hizo construir Trianón y Marly. Luis XV se refugió en estancias reducidas y en «gabinetes;» Luis XVI, en un taller de cerrajería. Y la corte se hastiaba como el rey y aún más que el rey. La señora de Maintenón confiesa que «se muere de tristeza en medio de una fortuna de que difícilmente puede formarse idea.» «La vida que llevo es terrible... Compadece de mí y no me acuséis,» escribió la Pompadour. Y Madama, la Palatina, se representaba á Versalles como «bosque inculto» y como «prado con arroyos y sauces». El tedio explica las febriles agitaciones de la duquesa de Borgoña; el tedio ha servido á María Antonieta de excusa para su disipación. Y los cortesanos ocupados en el «juego serio y melancólico» de la ambición y de la intriga, «esas gentes sin amistad y sin caridad, siempre desconfiadas y siempre en guardia,» están cansadas de «un cierto tren que no varía: siempre los mismos placeres, siempre en los mismos sitios y siempre con las mismas gentes (1).» Diríase que toda aquella sociedad habría marchado de allí de buena gana; pero ¿cómo cambiar de residencia con semejante tren doméstico, y cómo variar una vida ya secular? Ni Luis XV ni Luis XVI pensaron en ello; al contrario, el rey se ve cada día más encadenado á la casa y no viaja sino para ir de un castillo á otro; y si va al Havre ó á Cherburgo, su viaje constituye un acontecimiento. Luis XV vivió en París durante su infancia y recorrió las provincias yendo á la guerra; Luis XVI no conoce París, y su cuñado el emperador José se lo censura, ni conoce las provincias; para él no hay más que Versalles.

Versalles tiene la pretensión de ser una capital política, y mientras en las provincias tantas carreteras hermosas orladas de bellos árboles están desiertas, por las que conducen á la residencia circulan de continuo caballos y carrozas, porque, aun sin ganas, no hay más remedio que ir á la corte, en donde están todos los ministros, y se tratan todos los asuntos y adonde acuden generales, embajadores, intendentes y obispos para formular peticiones ó recibir órdenes. Pero para que un lugar llegue á ser capital son menester serias razones,

(1) Véase págs. 354 y sig. del tomo anterior.

naturales é históricas; así es que todo aquel artificio, toda aquella violencia hecha á la historia y á la naturaleza, no podían durar mucho tiempo.

Cuando las cóleras comenzaron á encrespase, su objetivo fué Versailles, en donde, según se supo, se gastaba la sexta parte del presupuesto de Francia. El rey, que vivía ocioso entre ociosos y que nada quería «saber» de los males de la nación, fué puesto en parangón con los que se morían de hambre. Una estampa lo representa en la mesa mientras un criado acerca á su boca un aldeano clavado en un tenedor: Versailles es el sitio en donde el rey se come el reino.

Entre las causas de la Revolución francesa hay que poner el miedo á París y la idea de orgullo que indujeron á Luis XIV á querer hacer de un palacio, que en su origen había sido un cazadero en lugar apartado, la capital de Francia.

CAPÍTULO II

LA CRISIS

I. La oposición de los escritores. — II. La oposición parlamentaria. — III. El desorden general. — IV. El optimismo. — V. El peligro.

I. — La oposición de los escritores

Después de la conmoción que sufrió la Iglesia y de los grandes trastornos que ocurrieron en el Estado en el siglo XVI, la reforma católica y los reyes habían restablecido la autoridad en una y en otro. Había llegado una época de disciplina rígida; en religión, como en política, Luis XIV había querido suprimir toda resistencia, toda disidencia, y por un momento lo había conseguido porque los hombres de su siglo, después de tantas agitaciones, deseaban el orden y la autoridad. El aplauso casi unánime que siguió á la revocación del Edicto de Nantes demuestra que el rey estaba de acuerdo con su pueblo. Mas no tarda en comenzar un movimiento á la inversa, y aunque en esto hay que reconocer el fenómeno del reflujó después del flujo de la marea eterna, es menester convenir en que los rigores del régimen de violencia y las desdichas y la decadencia del reino precipitaron aquel movimiento. Repentinamente, á la muerte de Luis XIV, un espíritu nuevo se escapa del estado de compresión que lo aprisionaba.

La oposición al régimen fué universal; como nadie estaba contento con su suerte, cada cual manifestó su descontento á su manera. Y la manera más ruidosa fué la de los escritores.

En tiempo de la Regencia, la ironía empieza á manifestarse en las sátiras de Voltaire y en las *Cartas persas* de Montesquieu; sonríese maliciosamente durante el siglo, en toda la obra de Voltaire, en los escritos de sus imitadores, en las correspondencias y en las conversaciones, y de todo saca partido: de un acuerdo del Parlamento, de un decreto del Consejo, de la conducta de las personas principales, de un tratado de paz, de una batalla perdida, de una pastoral de un obispo, de una bula pontificia. La ironía busca en todas las cosas el motivo de risa y destruye el respeto por el miedo al ridículo.

La elocuencia apareció, á mediados del siglo, mezclada con sarcasmos en Diderot y con imprecaciones en Rousseau, y esta elocuencia filosófica fué escuchada ávidamente, porque la elocuencia religiosa guardaba silencio y el alma francesa necesita oradores que hablen á sus sentimientos nobles, como necesita ironistas que diviertan su malicia natural. La elocuencia fué tan poderosa como la ironía é inspiró cóleras y entusiasmos.

Una gran curiosidad intelectual inició á las inteligencias en problemas nuevos, curiosidad que se fijó en la antigüedad griega y en la romana, sobre todo en esta última, en la antigüedad nacional, en los pueblos de Europa y en los lejanos pueblos del Asia, unos y otros hasta entonces desconocidos; que se informó de las costumbres, de las religiones y de las leyes, buscando al hombre en todos los climas y en todos los momentos de la historia, y que se apasionó por las ciencias puestas al alcance de todo el mundo por los mismos sabios, que eran escritores, y por los vulgarizadores, tan numerosos y tan hábiles.

La Iglesia fué atacada por la crítica de los dogmas y de la institución eclesiástica y por la ciencia. Voltaire, Rousseau y tantos más con ellos predicaban el deísmo que borra en el carácter nacional un distintivo particular, el distintivo católico francés. Dios ya no es el Dios que después de haber elegido un pueblo, el pueblo de Israel, en tiempos del Antiguo Testamento, eligió otro en tiempos del Nuevo, el pueblo de los francos; que bautizó y consagró por el milagro de la santa ampolla á Clodoveo, el primer rey cristiano; que realizó sus «Gestas» por el brazo de los francos, que honró á Francia con la santidad de San Luis, que convirtió á Enrique IV y dió un Luis XIV—*a Deo datus*—accediendo á las plegarias de Luis XIII, de la reina Ana y de Francia. El Dios filosófico es un vago Ser supremo que se defiende mal, una vez borrada su personalidad, contra el materialismo y el ateísmo.

El Estado vióse atacado por la crítica de todos los abusos, por la comparación de otros sistemas de vida y por la admiración de la antigüedad romana, de la constitución inglesa y de la constitución americana. También en este punto se borra un distintivo francés; la nación pasa á formar parte de la vaga humanidad, como la religión del vago deísmo.

Que los efectos de esa gran revolución en los espíritus fueron temibles, es evidente; pero hay que imaginarse las causas de ello. La Iglesia está desacreditada por la intolerancia, por el servilismo y por la hipocresía de los devotos de la corte de Luis XIV envejecido y sobre todo por la negligencia de los deberes de predicación y de acción cristianas. En cuanto al conflicto entre la fe y la razón, era inevitable: la ciencia, desde el siglo XVI, merced á sus grandes descubrimientos, proponía la explicación del universo y del hombre que contradecía la tradición cristiana; y el estudio de las religiones pasadas y contemporáneas inducía á creer que la religión no es sino un fenómeno como los demás, sometida á las condiciones de tiempo y espacio.

Compréndese también perfectamente por qué los hombres del siglo XVIII se dedicaron á buscar en el estudio de las constituciones antiguas ó extranjeras ó en su propia razón consejos para establecer una constitución de la monarquía francesa. En verdad no fueron los

simples imitadores ó los puros idealistas que algunos han supuesto acusándoles por ello, sino que consultaron, tanto como su razón y la experiencia ajena, la experiencia francesa y las necesidades reales del país. Pero era imposible en Francia hacer derivar un gobierno libre de tradiciones hacía mucho tiempo olvidadas; después de Luis XIV, nadie habría sido capaz de decir cuáles eran aquellas tradiciones nacionales. Ya en tiempo de la Fronda «buscábanse las leyes como á tientas»; después de Luis XIV, ni siquiera se buscaban. Las palabras «leyes fundamentales» eran empleadas á menudo en las contiendas entre la Corona y la Escribanía mayor, que no estaban de acuerdo sobre el significado de las mismas. Aquellas disputas eran pedantescas, sin eficacia posible, pues no se quiso perder el tiempo en buscar, como decía el conde de Antraigues, «los derechos que desde hace siglos duermen en el polvo de los archivos.»

La prueba de que todo ese movimiento de ideas y de sentimientos que se denominaban filosofía del siglo XVIII procedía de causas profundas, está en el hecho de que no encontrase vigorosas resistencias.

La Iglesia no se defendió más que formulando sus quejas de costumbre y apelando al brazo secular; y si bien tuvo escritores que combatieron á los filósofos y demostraron que Voltaire había incurrido en ligerezas y en errores, fueron pocos en número y de autoridad insuficiente. No se reunió para hacer frente al enemigo como en el siglo XVI y á principios del XVII; la labor de erudición católica quedó menos que en suspenso y ninguna voz ilustre habló desde el púlpito. Parecía como si ya la Iglesia no se interesara más que por las machaquerías de su contienda con el jansenismo. Roma dolíase de ello, y, según refiere el duque de Nivernais, embajador cerca de la Santa Sede, habiéndose solicitado de Benedicto XIV que interviniese en aquel asunto internacional, el papa escribió, en 1750, al cardenal Rohán que «recordaba con pena los tiempos en que los jefes de la Iglesia de Francia se ocupaban de trabajos útiles y edificantes y veía con amargura que ahora no se ocupaban más que de niñerías (*ragazzate*).»

El rey defendió ciertamente su régimen, encerrando á algunos escritores en la Bastilla y obligando á otros á expatriarse; pero eran penas leves considerando la enormidad de los delitos y lo que les habría costado á quienes se hubiesen atrevido á cometerlos en tiempo de Luis XIV. Luis XV no era sólo un indolente, sino que, al parecer, inclinóse á la tolerancia: «Habría querido—decía el príncipe de Beauvau—que la filosofía fuese más moderada y no se difundiese en una parte de la nación que no puede comprenderla nunca.» Quesnay, que vivió en su intimidad y le quería, ha dicho de él: «Ha abierto las barreras á la filosofía, á pesar de la gritería de los devotos, y la *Enciclopedia* honrará su reinado.» Luis XVI permitió el triunfo de Voltaire en París, leía los periódicos enemigos, compró un ejemplar de la *Enciclopedia* y no estaba entusiasmado con la «clerigalla», como dijo en cierta ocasión.

Casi ninguno de los numerosos ministros de los dos reinados fué verdaderamente un hombre de autoridad. Los agentes del gobierno, gobernadores de provincia, intendentes y comandantes de tropas se han suavizado extraordinariamente; sufren, como hemos visto, inju-

rias y hasta golpes en los motines y aconsejan, enfrente de los sediciosos, paciencia y prudencia, repitiendo: «¡Cuidado, cuidado!» Desde lo más alto á lo más bajo, existe «un aflojamiento de todos los resortes de la constitución francesa,» decía Lavoisier en 1786. Parece como si se confesase que se han cometido culpas; en todo caso, se tiene el convencimiento de que ya no pueden hacerse muchas cosas que se hacían en tiempo de Luis XIV; se tiene menos seguridad del propio derecho y no se tiene confianza alguna en la fuerza.

Es, pues, una injusticia achacar á los filósofos la destrucción del Estado y de la Iglesia que por sí mismos se destruían (1); lo es también imputarles el menosprecio de las antiguas tradiciones caídas en el olvido; pero no lo es menos negar que ejercieron influencia en la historia. Si no fueron ellos los que hicieron su siglo, sino que nacieron de él; si Voltaire, en particular, siguió la opinión general con docilidad perspicaz y para él provechosa, en cambio concretaron las ideas y los sentimientos de sus contemporáneos, dándoles bella forma; propusieron á todos los hombres un ideal de razón, de justicia y de libertad inspirado en el sentimiento novísimo de la dignidad humana; emanciparon, para honra suya y nuestra, á la humanidad de muchas servidumbres; sembraron ideas que volveremos á encontrar en las asambleas revolucionarias, y sugirieron los términos de la *Declaración de los derechos del hombre*. Todos los espíritus ilustrados de 1789 eran discípulos de los filósofos, de Voltaire, de Rousseau, de Montesquieu; é indudablemente una luz difusa penetró en las masas profundas.

Por lo demás, no es cierto que los escritores más eminentes, aquellos cuyos nombres todo el mundo conoce, hayan influido en la opinión tanto como los modestos, autores de tantos libelos cortos y de «gacelines» que se distribuían entre la multitud. Según observó Caraccioli, se leían los folletos que han suplantado las «obras profundas que inmortalizaron la nación.» Aquella moneda menuda filosófica circula por todas partes: en Francia, afirma otro extranjero, el alemán Storch, se lee en el coche, en el paseo, en el teatro, en los en-

(1) Ni Voltaire ni Rousseau deseaban la revolución. Voltaire pronunció esta palabra y anunció que «los jóvenes verían cosas estupendas» y que se armaría «un gran zipizape,» pero no sabía á ciencia cierta lo que esto quería decir. En el fondo era muy conservador y nada demócrata, y aunque á veces pidió que el pueblo, «no tan imbécil como se cree,» fuese instruído, en otras ocasiones contradijo aquel concepto, como cuando afirmó que «el pueblo será siempre tan necio y tan bárbaro... Son bueyes que necesitan un yugo, un aguijón y heno.» Rousseau temía los grandes cambios y en el *Discours sur l'inégalité* (*Discurso sobre la desigualdad*) dijo que no habría querido «vivir en una república de nueva institución» y se espantó ante la idea de una revolución en Francia: «Nadie ignora cuán peligroso es en un gran Estado el momento de anarquía y de crisis que precede necesariamente al establecimiento de un nuevo régimen; júzguese, pues, cuál sería el peligro de conmover una vez las masas enormes que componen la nación francesa. ¿Quién podrá contener la conmoción producida ó prever todos los efectos que pueda causar? Aun cuando fuesen indiscutibles todas las ventajas del nuevo plan, ¿qué hombre de buen sentido se atrevería á acometer la empresa de abolir las viejas costumbres, de cambiar las viejas máximas y de dar al Estado otra persona distinta de aquella á que le ha traído sucesivamente un espacio de tiempo de mil trescientos años?»

Sobre este asunto de los *Filósofos y la Revolución*, véanse Edme Champion, *Esprit de la Révolution française*, y Roustán, *Les Philosophes et la Société française*, citados en la pág. 372.